

las. Y todos ellos estuvieron indecisos entre si habían de someterse ó habían de rebelarse. Varios comuneros se marcharon á la Convención para enterarse de todo cuanto disponían los Doce. Y con efecto, Hebert queda sometido á un pesado interrogatorio; tras este interrogatorio queda obligado á suscribirlo; y tras esta firma queda sujeto á los agentes convencionales, quienes lo encadenan y lo trasportan al calabozo de la Abadía. Un grito de terror salió de todos los centros demagógicos. La prensa jacobina publicó una carta de Vergniaud contra París, la cual carta lo acusaba y comprometía gravemente. Para el gran orador, París acababa de postrarse bajo la cuchilla del verdugo. La publicación de tal carta, el terror esperecido por los comuneros, el armamento de las secciones, la difusión de noticias cada día más adversas recién llegadas de la Vendée y de la frontera, la facciosa conjura de una corporación oficial como el ayuntamiento, las incendiarias palabras de los clubs, el movimiento amenazador de los retenes, la triste situación de París que parecía desierto al miedo de un combate cruentísimo en las calles, los juramentos proferidos por los maratistas en los franciscanos, las procesiones tumultuosas de gentes desarrapadas por las calles, la grande acumulación de peticionarios en la barra convencional; todo cuanto allí sucedía, justificaba la violencia del presidente Isnard, quien, agitadísimo y convulso, dominaba sus nervios con firmeza y hacía cuanto estaba en su mano contra todas aquellas rebeldías. Una diputación demagógica, y por lo mismo irreverente, pidió cuentas á la Convención de lo que pasaba, como pudiera pedir las un juez legítimo á un reo fundamentalmente acusado. La prisión decretada por los delegados convencionales y cumplida por agentes legítimos del poder, se calificó de atentado, entre gritos y clamores de la Gironda indignada. La libertad del preso Hebert fué pedida, no con ruegos como cumple á quien pide, con imperativos mandatos, como cumple á quien gobierna. Aquí la indignación del fogoso Isnard llegó á su colmo. Sentado en la presidencia y ceñido por las consideraciones debidas á su cargo altísimo y á su cuerpo parlamentario, retorciase violento como si le aplicaran botonazos de fuego. Su discurso colérico debe repetirse aquí, porque atrajo este discurso con sus atrevidas frases la cólera de París sobre la cabeza de los girondinos. «Representantes del pueblo, dijo Isnard á los peticionarios, la asamblea que promulgara los derechos del hombre, no consentirá nunca el apresamiento y el encierro arbitrarios de un verdadero ciudadano, el cual, si culpado, recibirá su castigo, si no culpado, recibirá su libertad. Como vais á obtener una pronta justicia, debéis oír un cargo severo. En París ha puesto Francia el depósito de su representación nacional. Y París está obligado á creerlo sacratísimo y á respetarlo con todos los respetos debidos por las democracias al poder que dimana de sus senos. Si por acaso llegáseis á deshonorar y envilecer la Convención, renovando tentativas como las que nos amargan desde la fecha del diez de Agosto, de las cuales vuestros delegados nunca nos han advertido; si, por estas insurrecciones, á la continua renacientes, ocurriese que se malhiriera de algún modo la representación legal de

Francia, os lo declaro en nombre de la Francia misma, y os lo repetiré mil veces de ser necesario repetirlo; París quedaría radicalmente aniquilado y presto se buscarían sus escombros y ruinas, preguntándose unas á otras las gentes reunidas por estos espacios convertidos en desiertos, si era verdad ó no, que París se levantó un tiempo á las orillas del Sena».

Mis lectores conocen demasiado la Convención para comprender que no se pronunciarían estas palabras sino cortadas por una interrupción continua y maldecidas por formidables execraciones. A cada período, mejor dicho, á cada palabra, tenía Isnard que pararse. Desde los bancos próximos al suelo, amenazábanlo con derribarlo al pie de la tribuna presidencial; y desde las altas tribunas públicas amenazábanlo con desprenderse sobre su cuerpo la muchedumbre y aplastarlo bajo su grave peso. Las reprobaciones de la Montaña, unidas con los aplausos de la Llanura, aumentaban el fragor, y todo ello parecía un anatema, tanto las señales de aprobación fervorosa como las señales de reprobación tremenda. Trescientos convencionales había en aquella sesión, y todos se levantaban en sentidos opuestos y todos se mostraban unos á otros los puños, como si quisieran aniquilarse todos á la vez y suprimirse de la tierra, convirtiendo el parlamento en vasto cementerio. Aquella sorpresa pintada por Byron de un modo admirable en su poema «El día sin sol;» aquel pánico derramado por el diluvio sobre los habitantes prehistóricos de Mesopotamia dan idea del furor sobre la Convención reinante. Isnard había tomado figura y acento de profeta. Los trenos del gran elogiaco, del incomparable Jeremías, brotaban de sus labios sobre la ciudad proterva, y la reducían, en fantaseados espejismos, casi á cenizas. Todos los amantes de París vieron destrozados los portones de la capital, sembradas de yerba sus calles, rotos sus monumentos, profanados sus santuarios, escuálidas sus mujeres, huérfanas y viudas todas, muertos sus sacerdotes, caídas las piedras de los arcos donde constaban sus triunfos, borradas las vías conducentes á sus hermosísimos senos, trocado su río en río del infierno y sus espacios desiertos habitados de brutos feroces, porque la venganza implacable de los girondinos no había perdonado ni los escombros, ni los recuerdos de París, como si fuese una de las ciudades bíblicas abrasada en los llanos de Pentápolis, por las llamaradas del cielo. Imagináo cómo se conmovieran aquellos franceses, para quienes París era foco de toda luz, éter de todo espíritu, asiento de toda cortesía, escuela de toda ciencia, musa de todo arte, intérprete del pensamiento humano como los antiguos caldeos del cielo azul, cátedra de la filosofía universal, cerebro del mundo, arquetipo del saber, motriz del progreso, áncora de la libertad. Isnard exageró sus emociones, y lanzó palabras, muy buenas para dichas en versículos apocalípticos dentro de un templo violado, por los sacerdotes de un culto que todo se lo creen permitido á sus inspiraciones celestes; pero en una Cámara, representando la totalidad de un pueblo, teniendo en frente partidos adversos, próximos á lanzarse furiosos sobre su persona para

concluirla y perderla; cuando las dos acusaciones extendidas contra sus ideales políticos radicaban en creerlos contrarios á la unidad nacional establecida por París y promotores de una sublevación en las provincias contra la cabeza de aquel cuerpo, decir lo que dijo, equivalió en todo á reconocer el derecho con que sus enemigos lo perseguían, atrayendo sobre su frente y la frente de los suyos un irreparable castigo. Vergniaud tenía razón al quejarse del nombramiento de Isnard para la presidencia del Congreso. Las olas son las que necesitan aceite para calmarse, las llamas por lo contrario para calmarse necesitan olas ó agua y no aceite. Sin embargo, en su desatentado proceder, el pesimista é indómito argumentador, prestaba sin circunspección alguna el cachete á sus enemigos, con cuyos golpes debían rematarlo. Así las imprecaciones fueron como una tempestad, los pataleos de las tribunas cual un terremoto. Este oyente le dijo palabras de rechifla, y le fulminó aquel oyente silbidos de teatro. Unos diputados quieren matarlo, mientras quieren otros morir defendiéndolo. Robespierre se desliza como una sombra de venganza entre sus partidarios estremecidos de cólera. Dantón repugna dar crédito á sus oídos, é imagina que fué todo aquello una mortal pesadilla. Marat grita como un ave carnífera y nocturna. Pero Isnard no se desconcierta, y levantando su voz sobre todas las voces é irguiendo su persona entre todas las amenazas, vuelve golpe por golpe, y dice para concluir: «la espada de la ley, chorreando sangre de tiranos, caerá sobre la cabeza de todos aquellos que intenten sobreponerse de algún modo á la voluntad nacional, personificada en este sacratísimo congreso.»

Dantón conoció que las temerarias palabras de Isnard debían producir una guerra civil entre la capital y los departamentos, quebrantando del todo la República; y se levantó, deseoso, más que de combatir con la Gironda, de aconsejar y reconvenir á la Gironda, completamente descarriada, en aquellas críticas horas. Con acento casi paternal y con aire de maestro casi, puso ante los ojos de Isnard las bombas y la metralla que Isnard había sin reflexión alguna metido en sus frases. Para Dantón, los departamentos no podían separarse de su cabeza, París; como París, no podía separarse de sus músculos y de sus nervios, los departamentos. Este grandioso espíritu de conciliación detuvo hasta los propósitos siempre aviesos de Robespierre. Convencido el redomado jefe de la escuela jacobina, convencidísimo del grave y agudo estado morboso por que pasaba la República en aquel trance crítico, apeló á los dos recursos, en él habituales siempre que se agravaban las circunstancias, al recurso del silencio y al recurso del retraimiento. Nadie le vió en el club jacobino por estos días. Cuando la Convención se agitaba en sus bancos, aparecía y desaparecía cual fantasma generado por un sueño enfermizo. Pero los hechos cada día mostraban mayor gravedad y presagiaban más terribles y espantosas crisis. La sublevación, extendiéndose por todas partes, arraigaba en todos los ánimos, pareciendo que la concebían y la formulaban todos los ciudadanos. En cuanto Robespierre lo vió así, abandonó el

silencio con el retiro suyos y comenzó á combatir la Comisión de los Doce, última fortaleza de la Gironda y su partido, á la cual fortaleza opuso las paralelas de un sitio en regla, tanto más temible, cuanto menos improvisado. Aterradísimos muchos espíritus patriotas se hallaban en presencia del inminente degüello de la Gironda, y hacían lo posible por impedirlo y conjurarlo con todos los medios imaginables. Dentro de las entidades colectivas, había quien experimentara la humanidad y la caridad en su pecho. Decididamente revolucionarios el municipio, los clubistas del Arzobispado, el miliciano de los barrios bajos, el jacobino, el franciscano, toda la Montaña, en las secciones municipales no reinaba este mismo espíritu. Pero Robespierre hizo que reinase. Gentes armadas y provenientes de tales institutos, intimaron á la municipalidad para que se declarase de seguida en franca rebelión y cerrara las puertas de París y nombrase general de los milicianos al demagogo Henriot, en reemplazo del conciliador Santerre y fuese al frente de las turbas á descabezar la Gironda. Todo podía temerse del nombramiento de Henriot. Nacido en los abismos sociales, su alma se parecía, con verdadero parecido, á esas especies ó vegetales ó animadas, que no han sentido en su oscura vida subterránea un rayo de luz. Dado á los más viles oficios, cometió en ellos tantas faltas, que la Revolución lo encontró en las cárceles de Bicetre. Y porque había caído prisionero bajo el antiguo régimen, quería dirigir y ordenar el nuevo. Charlatán, embustero, enredador, espía policiaco, esbirro de todos los poderosos, perseguidor de todos los débiles, sin alma y sin conciencia; el cuerpo manchado por todos los vicios, una especie de Catilina sin palabra y sin talento, fué como Fouquier Tinville, un órgano más en la guillotina y un ayudante más en los verdugos. A Henriot remitieron la sublevación. Y ante una sublevación así urdida, no tenía recurso y refugio alguno la pobre y maltrecha Gironda. Su Comisión de los Doce mandaba, pero nadie la obedecía. El Gobierno acababa de trasladarse por completo, desde la Convención, á la municipalidad. El poder ejecutivo no existía, esclavo de las varias comisiones dictatoriales recién creadas y puestas todas en activo ejercicio. Al frente del ministerio de la Gobernación, se veía un Garat, el cual propinaba jarabes, cuando la rebelión exigía cauterios. Y este hombre, incapaz de levantarse al nivel de las circunstancias é incapaz de combatir á la demagogía, se presentaba como único escudo entre los senos de la Gironda y los puñales de la Revolución. Garat no quería reñir con nadie, cuando necesitaba reñir con todos, con sus amigos para moderarlos y con sus enemigos para destruirlos. Incierto, perplejo, adulator del poderoso, aunque á los girondinos pertenecía en cuerpo y alma, gastaba todo género de complacencias con los montañeses; exacerbando así el conflicto en vez de remediarlo.

Y el traidor Pache usurpó á su guisa las facultades todas del ministerio de la Gobernación, y desde su alcaldía se presentó como fiador de la tranquilidad pública en la sesión agitadísima del veintisiete de Mayo, presentación terrible, como si un lobo se presentase á garantizar las ovejas, ó como si se presentase á garantizar las gallinas una zorra.

Los girondinos quedaron completamente desconcertados, no sólo por el abandono en que los tenía Garat, por la protección que les aseguraba Pache, puesto de acuerdo con el malvado Henriot para destruirlos, empleando contra ellos las bayonetas del pueblo á quien habían redimido y salvado. Ante las timideces del ministro de la Gobernación, de Garat, ante las perficias del alcalde de París; de Pache; ante las cóleras del comandante de la milicia nacional, de Henriot, los girondinos se vieron del todo aniquilados. Y como se vieron aniquilados ellos con dolor, todavía los vieron más aniquilados con holgorio y fiesta sus implacables enemigos. Así, Marat aprovechó la terrible coyuntura, pidiendo se disolviese la comisión de los Doce. Y, para comentar su petición y apoyarla, dijo que si todo el pueblo francés conociese, como él conocía, las traiciones de Vergniaud y Guadet, arrastrarlos sin tardanza y sin escrúpulo al cadalso. En esto un tumulto nuevo aumenta las fuerzas de los montañeses y disminuye las fuerzas de los girondinos. Como quiera que varios oradores de sección se presentasen á reclamar la libertad del regidor Hebert, é Isnard les contestara con aire pedantesco, palmetoándoles las manos como un viejo dómine, se armó enseguida un nuevo tumulto. Déspotas y tiranos llamaban los montañeses á los girondinos. Las tribunas pedían á veces su inmediato encarcelamiento. Los dos partidos vuelven á erguirse como un gallo de pelea contra otro gallo de pelea, y á enseñarse los puños como dos boxeadores ingleses. Vergniaud logra sobreponer su voz al estruendo, y formula el deseo de convocar las asambleas primarias para que nombren otra Convención, la cual no estuviese deshonrada y perdida como la triste Convención del noventa y tres. Tal palabra parece á los más moderados un asidero en su naufragio, y piden se formule pronto en proposición de ley, la cual se vote y promulgue aquella misma tarde. Legendre y otros varios jóvenes de la Montaña también quieren la proposición, pues, mientras á Vergniaud le parecen avanzados y rojos los convencionales, á la juventud montañesa le parecen reaccionarios y realistas. Así, el aquelarre cruce de punto con estas proposiciones contradictorias y con esta sempiterna vociferación de dos ejércitos en lucha. Los girondinos proponen que se levante la sesión. Isnard se cubre. Pero Dantón, cuya sombra por todas partes se dilata, combate la clausura de aquella sesión, y dice con arrogancia y arresto á los girondinos: «Ya estamos cansados de vosotros y de vuestras maniobras.» Acababa de negarse á Robespierre la palabra, y Dantón la tomó para decir que la negativa era una indignidad. Como todo lo pagaba entonces la comisión de los Doce, Dantón parte airado contra ella, y dice que ha esgrimido en los derechos del pueblo las facultades por el pueblo remitidas á sus manos. Thuriot secunda los esfuerzos de Dantón, y volviéndose hacia el presidente, le increpa furioso por haber encendido con sus frases incendiarias una guerra civil entre París y las provincias. «Presidente, gritó Lanjuinais á Isnard, no comotáis la humillación de responderlos.» Bazire no se contenta con palabras, sino que, saltando como un tigre de escalón en escalón, y dirigiéndose con los puños crispados á Isnard, in-

tenta, ciego, agredirlo y abofetearlo. El partido moderado se interpone como un murallón entre la rabia del agresor y la persona del presidente. Bourdón exclama: «Presidente, tenéis gana de proclamar la guerra civil, pues yo la tengo de asesinaros.» Por fin se consigue que la proposición formulada por Vergniaud llegue hasta el comienzo de una votación nominal. Mas, apenas comenzado, se ve interrumpida por la irrupción de gentes ajenas al congreso, por los gritos atronadores dimanados de un tumulto infernal. El diputado Lidón quiere salir, y le cierra el paso la punta de una espada. Los montañeses acusan á los girondinos de haber suscitado aquella perturbación increíble. Pero los girondinos apelan al testimonio del comandante de guardia, quien dice que para intimidar á su persona y oponerse á sus órdenes, Marat acababa de amartillarle sobre la sien una pistola. Esta barbaridad del demagogo revuelve á la movable Convención en favor de los girondinos.

Pero las victorias de los girondinos duraban poco. Parecíanse á Pirro. Sabían los girondinos triunfar, pero no sabían aprovecharse del triunfo. Su gran logro dentro de la Convención, el comité de los Doce, cuyo nombramiento les costara tanto, marró por la ejecución en el ejercicio de sus derechos. Compusieronlo, no los primeros jefes de la Gironda, los últimos soldados con raras excepciones. Así la Gironda disminuida en este comité, comité de acción enérgica y de medidas salvadoras, tomó resoluciones diminutas, provocando cóleras que luego no sabía conjurar. Alguna delación al tribunal revolucionario después del golpe mortal que les asestara este tribunal á la cabeza con sutriste absolución de Marat; algunas tímidas prisiones, las cuales provocaban el rencor y no la enmienda, prisiones sin ejemplaridad alguna sobre las muchedumbres: he aquí todo cuanto se le ocurrió al comité de los Doce, quien sólo supo agravar el daño con la ineficacia del remedio. cuyos efectos irritaban y no curaban. En cambio los enemigos de la Gironda se multiplicaban reconcentrando sus furores en verdaderos núcleos de odios. Dantón y Marat en el club de los franciscanos; Robespierre y Saint-Just en el club de los jacobinos; Varlet y otros muchos en la sociedad del arzobispado: las secciones municipales distantes del centro de París, único espacio éste donde la moderación girondina dominaba; los cien mil milicianos armados de picas por la misma Gironda; el ayuntamiento dictatorial con sus muñidores demagogos; la población indiferente y neutral misma, exacerbada por los anatemas que los labios de Isnard lanzaran sobre París, llenaron los aires con palabras de venganza y promovieron el infernal fragor que precede á las revoluciones inevitables y hondas. ¡Cuál defensa la defensa de los Doce! El ministro de la Gobernación que debía dirigirla se llamaba Garat, cuyas timideces equivalían á traiciones: el popular alcalde, que debía organizarla, se llamaba Pache, antiguo protegido de la Gironda que personificaba vergonzosa y cruel apostasia; general que mandaba las fuerzas populares, puestas en sus manos, se llamaba Henriot, capitán de ladrones, cabeza de asesinos; mientras ellos, los girondinos, daban desde su comité de los Doce órdenes y más órdenes, todas incum-